

Paco Soler

Francisco Soler nació en 1893 y murió en París en enero de 1920. Perteneció a una generación literaria formada por poetas como Rafael Cardona, Rogelio Sotela, José Basileo Acuña y Julián Marchena y ensayistas como León Pacheco, Octavio Jiménez y Cristián Rodríguez.

Soler se incorporó al periodismo desde muy joven y colaboró en varias publicaciones como **Actualidades** y **La linterna**, en las que se distinguía por su humor cáustico y su ironía mordaz.

Escribió una novela, **El resplandor del oca-so**, en 1918 y varias obras de teatro de orientación modernista y decadente: **La ilusión eres tú** (1914), en colaboración con Carmen Lyra, **La iniciación** (1914), junto con Camilo Cruz Santos, **El último madrigal** (1918) y **El único cuento de hadas** (1920). Sus contemporáneos comentaron también muy favorablemente otros trabajos suyos, como las conferencias que tituló **Los siete pecados capitales** y **Musgo de ruinas**.

El tiempo nos legó una imagen difusa y atractiva de este escritor. Mario Sancho, con quien compartió ilusiones y desengaños juveniles, se refería en 1910 a su espíritu indisciplinado, su noctambulismo callejero y bohemio. En 1920, otro amigo suyo, Jenaro Valverde L., al conocer su muerte, lo recuerda como "pecador incorregible e impenitente", que reía de sus pecados y los mostraba como un desafío a la parsimonia burguesa. Como el resto de sus compañeros de generación, veía en él al muchacho generoso, antítesis del hombre virtuoso, ahorrativo y preocupado por el éxito económico y la admiración de los demás. Por su parte, años des-

pués, el historiador de la literatura Abelardo Bonilla recoge esta imagen y habla de una inteligencia aguda pero sin cultivar y un talento y una vida brillantes, pero derrochados...

Tal vez perdure este recuerdo de Soler porque su muerte prematura selló, como una extraña aprobación del destino, su negativa a integrarse al mundo de los mayores, la resistencia a jugar aquellos papeles y vestir aquellos disfraces con que nos inmoviliza la sociedad. Fijó esta estampa del joven irreverente y desprejuiciado y heredó a las actuales generaciones el placentero deber de releer sus obras y compartir los anhelos y preguntas que siguen proponiendo.

De su corta producción, se reproduce el texto completo de **La iniciación**, quizás, el aporte más relevante de Santos Cruz y Soler a la literatura dramática nacional. Pese al cambio que significó con respecto al tradicional drama burgués o a la comedia costumbrista, esta obra se publicó sólo una vez, en la revista nacional **Renovación** (1). Por este motivo resulta imperativo reproducirla, como contribución al mejor conocimiento de nuestra literatura de principios de siglo.

En **La iniciación** es importante destacar, en primer lugar, la cercanía entre teatro y vida, con una concepción de esta última como comedia.

(1) **Renovación**, (San José), t. IV, ns. 81-82, (30 de mayo de 1914), pp. 129-152. **La iniciación** fue representada primero en Quito, Ecuador, y luego, en 1918, se representó por la Compañía nacional de Zarzuela y Opera (Fernando Borges, **Teatros de Costa Rica**, 2 a. ed., San José: Editorial Costa Rica, 1980).

NOTA

El material de este número, dedicado a Francisco Soler, se recopiló o escribió en el transcurso de la investigación sobre el teatro costarricense realizada entre setiembre de 1988 y febrero de 1989 por Alvaro Quesada, Margarita Rojas, Flora Ovarés y Carlos Santander.

Los investigadores reconocen el trabajo de Jorge Ramírez Cano, asistente de investigación, en la búsqueda de los materiales de revistas y periódicos nacionales.

Tanto en la vida como en la sociedad, los personajes actúan de acuerdo con papeles predeterminados, imposibilitados de elegir sus opciones vitales. Es así como el antagonismo entre el protagonista Marcelo y su padre es al mismo tiempo un encuentro literario entre diferentes papeles sociales.

Además, como es propio de la literatura de fin de siglo, que en esto se separa también de la idea de lo literario como representación de lo real, la pieza ironiza sus propias propuestas y se distancia de la farsa representada. La concepción de lo literario como arte de salvación sostiene una intención estetizante y una permanente conciencia de que se hace literatura. Ejemplo de esto, son las constantes referencias al arte, la pintura, el teatro y la poesía.

La iniciación imbrica la trama amorosa con las dicotomías pasado/presente y campo/ciudad, que a su vez se interrelacionan estrechamente. Así, al enfrentar el campo a la ciudad la obra opone algo más que dos ambientes. El encuentro generacional es una de las formas como la pieza desarrolla la oposición temporal. En buena parte de la literatura costarricense anterior e, incluso, contemporánea, la dicotomía presente/pasado suponía una actitud nostálgica por los tiempos idos y paralelamente, por un ambiente rural, en el que se concentraban todos los valores positivos del buen costarricense de antaño. La iniciación comienza a resquebrajar esta valoración, al poner en duda, mediante diversos recursos, las oposiciones mencionadas. Así, por ejemplo, los personajes insisten explícitamente que viven en una época de transición, de iniciación.

Las tempranas innovaciones y la crítica a los valores burgueses imperantes en la época se esconden en La iniciación tras la máscara de la comedia y un desencantado cinismo.

Flora Ovaes.

DOS CARTAS DE PACO SOLER

PARA JACINTO BENAVENTE

Sr. don Jacinto Benavente, en cualquier teatro.
Madrid

Muy señor mío:

Como un granuja que se cuelga por la ventana, con la gorra calada, sin cuidarse siquiera de tirar la colilla del cigarro, llego hasta usted con el propósito de robarle unos minutos, y conste, señor, que no me preocupo de saber si le hacen mucha falta o si le están sobrando.

Lo necesito para juez. Y dado que entre usted y yo no media parentesco ni existe amistad, supongo que no puede excusarse. Me tienen acusado. Algunos buenos amigos míos, vigilantes de mi oscura reputación de oscuro ciudadano de una oscura república de la oscura América, para quitarme el feo vicio de plagiar, se lamentan muy doloridos y muy sinceramente, de que el folleto que acompaño, **El último Madrigal**, haya sido copiado de su **Último Minué**.

Su fallo, en cualquier sentido que sea, llenará de gratitud a un hombre que tiene para usted el doble mérito de no serle conocido y de no constituir tampoco la amenaza de una amistad de América. Esas amistades tan buscadas por nosotros los hominicosos de estas montañas cálidas-con el fin de lograr un elogio hoy, y mañana una frase de falsa fraternidad, para declararse por sí y ante sí tocados de genio, sin comprometerse en ninguna empresa- se me parecen mucho a las linternas que se usan para encandilar venados en las partidas de caza.

No lo amenazo, pues.

Le pido su fallo, abusando del buen humor que cuentan que usted gasta y le prometo que no lo haré público si fuera favorable; en cambio, si fuera adverso, lo entregaré a mis acusadores como justo castigo de mi culpa.

Bien sé que usted ve en todo esto un fondo de vanidad. Probablemente acierte. Pero yo, ¿qué responsabilidad tengo en ello? Soy muchacho.

Muchacho y no literato.

Aquí, donde las letras no producen para comprar un bollo de pan caliente, los que amamos las cosas de arte con más o menos sinceridad, debemos tomarlas como simple entretenimiento, sin mayor vanidad, sin otra vanidad que aquella que pone una moza en el clavel que borda sobre el raso de un almohadón.

Así es, señor, que si su fallo me resulta desfavorable, no causará ningún perjuicio en mi vida de hombre sencillo que lo mismo se entretiene persiguiendo un tepescuintle, escopeta en mano, para no olvidar la descendencia indígena, que oyendo hablar a una mujer, o leyendo unos versos épicos o una comedia galante para no olvidar cuánto debe a los que le dieron idioma.

Permítame que me descubra, despojándome de la gorra de granuja que no me había quitado y lo salude con todo el respecto conque pudiera hacerlo, un señor muy serio, de esos que revientan la espalda de la levita en cada cortesía y con el temor del quinto que se cuadra sacando la panza cuando pasa el coronel.

Francisco Soler

San José, Costa Rica,
11 de diciembre de 1918

(Tomado de *Athenea* T. III, No. 3, 15 abril 1919, p. 615-616).

PARA JULIAN MARCHENA

París, 24 de noviembre de 1919.

Querido amigo:

Debo confesarle que esperaba encontrar algunas letras tuyas a mi llegada. De esta vez, según mi vieja costumbre, me equivoqué. Pero a pesar de su olvido, que no debe ser tan imperdonable cuando estoy escribiéndole, yo vinculo todos mis pasos a su vida. No se aparta su recuerdo de mí, dado que cada vez que encuentro algo que me halague pienso en lo mucho que usted gozaría si anduviera con nosotros.

En Amsterdam, el destierro del señor de Bougreton, nuestro amigo muy querido, me hizo usted mucha falta. No es en verdad aquella la ciudad que pinta tan refinadamente nuestro Lorrain. En vez de ser una ciudad blanca y negra, es una inmensa, incalculable mole roja, roja oscura, rematada en picos y volcada en la copia romántica y soñadora que se hunde en los canales. El estilo gótico holandés domina al grado que no encuentra usted veinte casas en toda la urbe que no estén sujetas a sus caprichos graciosos y ligeros. Yo nombraría a esa ciudad, si fuera el llamado a bautizarla, la pajarrera roja. En parte alguna se pueden contar más ventanas; las casas son cien, doscientas y quien sabe cuántas las ventanas, y en cada ventana se deshilachaba una cancioncilla susurrada apenas, un poco gangosa y otro poco triste, y a través de los cristales empañados por las nieblas del norte, mozas o viejas todas regordetas y rubicundas sin otro encanto a la vista que el que les presta la fecundidad.

¡Pobre señor de Bougreton! Cuánto lucharía por ver atrayentes a estas hijas de Eva, tan apropiadas para ilustrar carteles en que se anuncian las excelencias de la leche holandesa.

Si he de serle franco, tuve un vago desencanto en el gabinete de las muertas. "La tristeza fastuosa de las telas ya marchitas" ha sido barrida por los reformadores de trajes y los perfumes viejos desaparecieron junto con la amarillez crepuscular que el tiempo se encargaba de poner en los recuerdos, vivos y palpitantes cuando teníamos la irreparable fortuna de carecer de restauradores de antigüedades.

Pienso por otro lado, que el señor de Bougreton debió de llevar a sus ilustres compatriotas a otros lugares en donde vive mucha poesía y el artista puede encontrar en la realidad el olvido de la realidad -bien regresando hasta el recuerdo, bien avanzando hasta el lado de allá del deseo-. Yo, en el caso de él, los hubiera llevado a las casas donde se cortan diamantes. Es verdad que hoy esta encantadora operación se hace con máquinas, operación que a mí se me ha metido en la cabeza que equivale a la locura de hacer cajitas de piedra para encerrar luz. Pero en las mismas casa se lapida-

ban antiguamente a mano y para labrar una piedrecita hubo judío paciente que gastó veintidós años de su vida miserable, que a mí, por aberración, se me antoja envidiable. Allí está en una de esas casa, la copia en vidrio de Baviera del diamante azul. El único diamante azul que ha existido y que atraía sobre sus dueños la desgracia y señalaba una predestinación a la tragedia. Vino a Europa, enviado por el Sultán de Turquía, si no me han engañado, a la gentil María Antonieta. El Sultán quiso deshacerse de él porque habiéndoselo prestado a su favorita se ahogó el día en que se lo puso por primera vez. María Antonieta se lo colocó en la garganta causando el asombro de todas las cortes y por donde pasó la cadena que lo sostenía, pasó poco tiempo después la cuchilla del verdugo. Luego estuvo perdido. Años más tarde, cuando la fiebre revolucionaria se calmó, hubo de aparecer en un museo particular. Lo compró la municipalidad de París para regalárselo a Madame Carnot y ahora acaba de perderse en el hundimiento del Titanic donde lo llevaba un millonario yanqui. Cuántas cosas lindas nos hubiera dicho el señor de Bougreton allí! ¿Y de los diamantes verdes que curan del mal de amar y se ven tan raramente como un arco iris de luna? ¿Y de los diamantes sonrosados como un rubor de novia? Ah, amigo, esos encorvados obreros de aspecto repulsivo que cortan piedras para encerrar luz, hacen algo más bello que los escultores y casi tan bello como lo que realizan los poetas.

También pudo llevarnos al museo de porcelana en donde existen tantas vajillas de Reyes y tan delicadas combinaciones de matices y tan abundantes miniaturas de decoradores ignorados y grandiosos. Pudo también llevarnos al palacio de la Reina, restaurado por Luis Napoleón Bonaparte y enseñarnos esculturas diminutas que interpretan fábulas de la época debidas a Poe y grandes frescos de Van Dick. O bien, pudo llevarnos a la torre del redondel o los suplicios en cuyo torno se hacía correr en invierno, desnudas, a las mujeres acusadas del pecado de impudicia; torrecilla ligera y frágil como una coqueta, en la que podría vivir contento un loco enamorado del dolor y del pasado.

Pero dejemos Amsterdam, amigo de mi alma, pasemos por Bruselas y por Amberes y vengamos pronto a París que tengo algo que contarle. A saber: a la media hora de haber llegado vi el 202 de los Campos Elíseos. Y no se alarme, está convertido en Cuartel de Americanos. Sobre este triste desengaño quiero poner mi silencio.

Estoy instalado a cien varas de ese gran palacio donde han vivido sus ilusiones y las mías.

AVITA Ya fui a visitar a Monna Lisa. La escapatoria no parece haber afectado su espíritu. Sigue sonriendo su sonrisa misteriosa, melancólica y atormentadora.

Anoche quisimos ir a Biliet. El antiguo baile de los estudiantes y de los poetas está cerrado; lo ha cerrado la pobreza en que se encuentra París. Ya no habrá, pues, más certámenes de belleza como aquel en que los bohemios trataron de pasear desnuda por las calles a la reina, de lo cual resultó una colisión con los gendarmes que creen que la moralidad está antes que lo hermoso. Ya no habrá concursos de trajes como aquel en que se ganó el premio un estudiante que se presentara con una corbata roja por todo atavío. Billiet murió. Los poetas pobres y los estudiantes ya no bailan; su hambre ya no encuentra aquel refugio loco y honesto en medio de su despreocupación ilimitada.

Ahora los poetas se encierran en su último piso, con la clásica amiguilla, a recontar los *souxs* que no alcanzan para un absintio o para un café.

Como Biliet estaba cerrado, y como el humo del Olympia y los sombreros Maxim nos empalagaron en fuerza de monótonos, fuimos al Bal Tabarin, en Mont Martre.

¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza! La alegría se ha fugado. El chambergo alón sobre la melena ritual, ha emigrado. Pero allí está en cambio el sombrerito cowboy del soldado yanqui llenándolo todo. La alegría que cantaba, ahora grita. El ajeno que recitaba, es ahora wiskey que da mojicones. ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza! La mujer que se trataba allí como una flor en un jarrón, ahora se empuja, se golpea. ¡Y esto es París! Esto lleno de borrachos uniformados, es París, Dios santo!

Yo salí horrorizado y al llegar a la casa sentí una vaga nostalgia.

Lo abraza,

Paco.

(Tomado de *Athenea*, T. III, No. 15, 15 febrero 1920, p. 842-844)